

Entre el Cielo y la Tierra

J.D. Ailín



Entre el cielo
y la tierra

J. D. AILÍN

Capítulo 1

ALEX

Los siete pecados capitales: la avaricia, la ira, la pereza, la gula, la lujuria, la soberbia y la envidia. Creo que en éstas dos semanas los he cumplido todos y cada uno de ellos.

La soberbia fue algo que siempre me caracterizó. Resulta complicado de explicar...¿cómo es que un ángel ha perdido toda la humildad con la que es dotado al nacer? Bueno, es una eterna puja de supervivencia: si uno no es capaz de creer en sí mismo, entonces nada lo salva ante los peligros que atentan en contra de ellos. Siempre creí que no estaba mal tener un poco de confianza en uno mismo...aunque la mía ha excedido los límites infranqueables. Y esa soberbia se convirtió en un arma de doble filo, pues fue aquella que me elevó y elevó hasta la cima del éxito, y la misma que luego me empujó hacia el vacío.

El resto de los pecados cayeron sobre mí como una cascada de mala suerte, aplastándome y ahogándome hasta que fue demasiado tarde para arrepentirme de ellos. Una misma mujer me hizo sentir todo al mismo tiempo: la lujuria, esa que me hacía acostarme con el corazón acelerado y despertar pensando en ella; la avaricia, el hecho de querer que me pertenezca a mí y a nadie más; la envidia, cuando me abandonó por otro ángel y la ira que me embargó al verlos juntos, pululando en la inmensidad celestial como si yo nunca hubiera existido...

Todo ese odio se acumuló y se propagó en mi cuerpo de la misma forma que lo hace un cáncer terminal: letal y silenciosamente, hasta que te derruye por dentro.

Así, cuando quise darme cuenta, ya era demasiado tarde y toda fuerza de voluntad en mí desapareció; la angustia me fue empujando despacito hasta la Supremacía y yo caminaba arrastrando mis pies, sintiéndome ya un condenado más para abandonar el mundo en el que vivía. Pedí que me exiliaran del cielo, pues me había dejado llevar por tantos pecados que ya no podía cargar con su peso sobre mis hombros y no me creía merecedor de mis dotes.

"Acabaremos con tu dolor, ángel, pero a cambio deberás ser nuestro informante en la tierra" eso me dijeron los sabios, la verdadera ley y justicia por encima de todos nosotros.

Me arrancaron las alas y me echaron al vacío, aunque de premio consuelo me consiguieron un departamento y dinero para hacerme de todo lo que quisiera. Era como robarle su juguete preferido a un niño y luego sosegar su dolor con un abrazo maternal. Finalmente, cuando ya no quedaba nada de mí, el hambre y la gula lograron que saliera de mi burbuja y explore el mundo exterior, en uno de esos días en los que uno no desea hacer nada más que llenar su estómago hasta reventar. Comí, bebí alcohol, volví a comer y bebí alcohol de nuevo; dejé la nevera (y la billetera) vacía y me acosté con una ebriedad que se convertiría luego en resaca, algo que en mi otra vida nunca había podido experimentar. Y, con los primeros

síntomas de cansancio, la pereza me hizo jaque mate.

Sin embargo, luego de desquitarme con todo lo que encontré a mi paso, la ansiedad por descubrir el mundo terrenal se esfumó, tan fugazmente como había aparecido. De repente sentí un vacío inmenso; todo lo que había hecho me pareció un gravísimo error impulsivo, que hizo que empezara a desesperarme.

Durante los siguientes días actué como una colegiala adolescente a la que acababan de rechazar. Grité, pateé y lloré hasta que las lágrimas ya no salían de mis ojos; maldije a todos y a todo lo que me rodeaba, en especial a esa mujer por la que había tomado tal decisión; rompí cosas, hice un lío terrible en el departamento y luego lo limpié en silencio, sumido en una angustia que me había llevado al mutismo.

Cuando el mes estaba por terminar recibí una orden de los sabios, quienes me habían estado observando durante todo este tiempo; y bajo el lema "así es la vida" me dijeron muy indirectamente que deje de comportarme como un niño caprichoso.

—Deberás seguir de cerca a una mortal, su nombre es Evelyn y vive en el segundo piso, departamento 9. Su corazón es tan puro que nos será de mucha ayuda aquí, donde los ángeles empiezan a dudar de sus valores. Lamentablemente para ella, sufrirá un accidente que acabará con su vida efímera de humana; cuando eso suceda, le daremos sus alas para que nos acompañe para toda la eternidad.

—No entiendo ¿por qué tengo que seguirla? —inquirí confundido.

—Porque cuando un ángel nace, aún tiene recuerdos de su vida pasada y, en la mayoría de los casos, se niega a dejarlos ir. Ahí es cuando lo perdemos, cuando se aferra a su humanidad como si así pudiera seguir viviendo. Tú serás su guía y le explicarás lo que le espera después de la muerte de su cuerpo físico; la ayudarás a seguir adelante.

—¿Cómo lo haré? Ahora no soy más que un ser humano común y convencional —solté, sin disimular la rabia que sentía hacia mí mismo.

—Aún puedes oírnos ¿no es así?...te hemos elegido para que seas el guardián de Evelyn, aunque hayas decidido abandonarnos. Es un cambio justo ¿no crees?

Entonces lo recordé, al menos una parte, el día en el que yo también me convertí en ángel. Era un hombre de treinta años cuando morí por una enfermedad que no recuerdo, aunque sí recuerdo la agonía previa a fallecer. Ese día conocí a Leo, mi guía, el que me explicó lo que me esperaba más allá de la tierra. Unos pocos pueden elegir si quieren seguir o desaparecer para siempre; ya saben qué camino decidí tomar. Y aquí me tienen, de nuevo en carne y hueso, recuperando algunos recuerdos que creí perdidos para siempre.

Cuando me convertí en ángel pensé que recordaría mi vida en la tierra: mi familia y amigos, las actividades que hacía en el tiempo libre, mi empleo, etcétera. Pero todo eso desapareció sin dejar rastros, se desvaneció de la misma forma que se consume la niebla cuando sale el sol, dejando un paisaje limpio y translúcido.

Ahora me preguntaba qué habrá sido de todas esas personas, si me recordarán...aunque para mí no eran más que figuras sin rostro. Aún más,

si me recordaran, verme tantos años después con la misma apariencia supondría un shock emocional terrible. Así que era mejor así, ser alguien nuevo y ajeno a ellos.

Aquella tarde decidí empezar con el seguimiento. ¿Qué mejor forma de hacerlo que presentándome frente a la tal Evelyn, del segundo piso, departamento 9? Me planté frente a su puerta y pisé su alfombra, esa que citaba un "Bienvenidos" desgastado por el tiempo; luego di dos golpes secos y esperé a que me abriera.

Nada...

Adentro parecía reinar un silencio sepulcral antinatural. Era como si alguien hubiera eliminado por completo el sonido. Resignado, regresé a mi departamento y pensé en repetir aquello a cada hora, hasta encontrarla en casa.

No fue hasta tres semanas después que al fin abrió la puerta, entre ruidos atolondrados y maldiciones. Me miró con expresión cansina y sacudió su melena oscura y despeinada.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó entre jadeos. A su espalda pude vislumbrar una silla caída y algunos objetos desparramados por el piso.

—¿Estás bien? —inquirí, enarcando una ceja. Ella sonrió despreocupada.

—Sólo tropecé —comentó, mirándome fijamente con sus ojos café. —¿En qué puedo ayudarte? —volvió a preguntar, yo me había paralizado por un momento, sin saber qué decir. Claro, tocar su puerta a cada hora, todos los días durante las últimas tres semanas era una tarea fácil. Lo difícil era saber qué decirle. "Hola, vengo a hablarte sobre la vida después de la muerte" sonaba incluso más absurdo de lo que parecía.

—Emmm...vivo en el quinto piso y hace algunas horas se me fue la luz.

¿Tienes ese problema? —Me sentí increíblemente estúpido en ese momento, pues tenía al menos cinco vecinos directos a los que preguntarles. Pero, claro, decidí bajar al segundo piso y preguntarle a ella específicamente. Por suerte no pareció percatarse de aquello, simplemente se encogió de hombros.

—Bueno, si. Me han cortado la luz porque no he pagado este mes, es que he estado de viaje y recién regreso —se justificó, recargándose contra el marco de la puerta. Observé fugazmente su cuerpo, reparando en las pantuflas peludas; parecían dos conejos atropellados por un camión. Por lo demás, estaba vestida con una playera varios talles más ancha y unos shorts cortos y andrajosos. Me pareció, en cierta forma, adorable.

—Ya veo... bueno, si la luz regresa y necesitas una nevera donde guardar la comida, no dudes en pedirme.

—Claro... —dijo ella, entrecerrando sus ojos con cierta desconfianza.

Entonces me percaté de que no me había presentado, aunque sabía ya su nombre.

—Me llamo Alex.

—Evelyn —respondió, extendiendo una mano delicada que yo tomé y estreché con cuidado. Era tan cálida y suave, tan llena de vida que me hizo estremecer. Rápidamente volví a mis cabales y le sonreí.

—Es un placer. Y bueno, si necesitas algo, vivo en el departamento 23.

—De acuerdo, gracias —tras devolverme otra sonrisa simpática, entró y

cerró la puerta. Suspiré.

"Es una lástima que tenga que dejar esta vida" pensé en silencio, mientras subía al ascensor.

Capítulo 2

EVELYN

Que descuido...

No puedo creer que me haya olvidado de pagar la luz, otra vez. Ahora tendré que comer a la luz de las velas hasta que me devuelvan el servicio. Sería romántico si no fuera porque hace un calor infernal, ya no puedo prender el aire acondicionado ni ver series en la tele y estoy más sola que perro con sarna. Al menos el agua no me la han cortado, si no también olería como un perro con sarna.

Según me avisaron los de la compañía, me devolverían el servicio 72 horas después de acreditado el pago, así que con suerte en tres días volvería a la normalidad. Pero, hasta entonces, me aburría como nunca antes.

Mientras miraba cada sombra extraña en el departamento, intentando dilucidar si se trata de un mueble, un asesino serial o mi imaginación, recordé al chico que apareció en mi puerta ésta mañana: era alto, de cabello castaño claro y ojos oscuros; sus facciones eran masculinas y tenía toda la pinta de pasarse haciendo dieta y ejercicio. Me aburrí de tan sólo pensarlo, aunque era guapo...muy guapo.

Pensé en pasarme por su departamento un rato, quizás a pedirle un poco de agua fría y algo con que matar el aburrimiento este viernes por la noche. Así que me vestí con lo que encontré a oscuras, busqué mi termo para el agua y subí al departamento 23. Una vez frente a su puerta, toqué fugazmente el timbre y esperé, rogando que esté en casa.

A los pocos minutos, abrió y me miró como si estuviera confundido.

—¡Hola! —solté con entusiasmo. —Veo que te ha regresado la luz, que buena suerte...

—¿Qué? —preguntó él, aún más confundido. Luego abrió sus ojos de par en par, como si de pronto recordara algo. —Ah si ¿a tí no? —preguntó. Negué con la cabeza.

—Estaré unos tres días a oscuras. Me preguntaba si puedes darme algo de agua fría, hace tanto calor que el agua del grifo es más útil para hacer té que para saciar la sed.

—Claro ¿quieres pasar?

Tanteo con mi mano izquierda mi bolsillo, allí donde siempre guardaba un gas pimienta (llámenme paranoica, pero hoy en día nunca se sabe con qué loco te puedes encontrar). Tras comprobar que seguía allí, asentí.

—Claro, gracias.

Él se hizo a un lado y yo entré a su departamento, aquel que era tan parecido y a la vez tan distinto al mío. Se nota que vive un hombre, a juzgar por la ropa tirada en el piso y una pila de platos sucios en el lavabo.

—Lamento el desorden, no esperaba visitas □—se disculpó, como si pudiera leer mis pensamientos.

—Descuida —susurré, completamente avergonzada. Le tendí el termo y él

lo destapó para llenarlo con agua fría de la nevera. —¿Vives solo?

—pregunté, haciendo un barrido rápido con la mirada. Él se giró hacia mí luego de cerrar el termo y me lo entregó de regreso.

—Si ¿y tú? —asentí, abrazando el termo contra mi pecho y suspirando por lo fresco que se sentía contra mi piel.

—No te había visto por aquí ¿eres nuevo?

—Llegué hace poco más de un mes.

—Ya veo...

Tras algunos segundos de silencio incómodo, nuestras miradas se cruzaron. Él parecía estar guardándose algo y ese misterio me hizo sonrojar.

—¿Gustas una cerveza? —ofreció, caminando hacia la nevera sin mirarme. No tuve que pensar demasiado la respuesta.

—Estarías salvándome la vida —bromeé, sonriendo ampliamente. No había nada que se me antojara más que una cerveza bien fría. Lo vi sacar dos latas de la nevera y girarse hacia mí...algo en su mirada era distinto, como si acabara de apagar la luz en su interior. —Espero no sea una molestia... —musité, sintiéndome algo incómoda. Él volvió a sonreír y negó rápidamente.

—En absoluto, estaba algo aburrido hoy. Me viene bien alguien con quien charlar.

Y así pasamos horas platicando de nuestras vidas (o más bien era yo la que vociferaba sin parar, él era más bien reservado). Bebimos las cervezas y comimos porquerías hasta que el agua del termo se calentó y yo me quedé dormida.

Capítulo 3

ALEX

La vida es cruel, sin lugar a dudas. A veces pienso que alguien nos maneja a todos como marionetas; y, cuando se aburre, ¡PUM!...corta los hilos y nos ve caer inertes, ya sin vida. Pensar en la existencia de un ser así, capaz de gozar con tanto cinismo de eso, me hace sentir impotente...en especial al ver a Evelyn, con sus mejillas enrojecidas y su cabello oscuro cayéndole sobre el rostro mientras duerme tranquilamente en el sofá y saber que pronto dejará de existir en éste plano. Una muchacha tan joven y hermosa, con todo un futuro por delante...¿Quién fue el maldito que la condenó de esa forma?

La vi removerse y suspirar, un acto tan natural que me dejó hipnotizado. ¿Existe alguna forma de revertir las vueltas del futuro? Me gustaría poder hacer que ella se quede aquí y conocerla mejor, invitarla a salir y hablar sobre las empresas de luz y lo mala onda que son en verano.

“Sé lo que estás pensando, Alex; y sabes que no puedes hacer nada para evitarlo” la voz de uno de los sabios retumbó en cada recoveco de mi mente, haciéndome apretar los puños con fuerza.

—Lo sé, pero es injusto... —susurré, mirando al techo como si allí estuviera plasmada la imagen de él. La voz en mi cabeza no volvió a aparecer.

—¿Qué es injusto? —musitó una Evelyn adormecida, bostezando entre palabras. La miré por un segundo y rápidamente enfoqué mi atención en la ventana a mi derecha.

—Que no tengas luz.

—Ah... —rió, estirando los brazos con lasitud. Luego de desperezarse, miró la hora en su reloj de pulsera y dio un salto del sillón, como si se hubiera sentado sobre un clavo oxidado. —¡Oh Dios! mira que hora es...lo siento tanto, no pensé que me quedaría dormida —se disculpó, briosamente.

Yo miré hacia el reloj de pared y noté que eran las tres y media de la madrugada, aunque no tenía ni una pizca de sueño.

—No te preocupes —la calmé, no pudiendo evitar sonreír al ver cómo su rostro enrojecía. ¿Qué estaría pensando?

—Creo que ya...debo irme ¿sí? Gracias por tu hospitalidad y por el agua, nos veremos al rato ¿eh? —dijo, atropelladamente, mientras se acercaba a la puerta con su termo bajo el brazo. La acompañé para abrirle y me recargué sobre el marco de la puerta para despedirla.

—No fue nada, pasa cuando deseas.

—Quizás te robe algo de energía para cargar mi teléfono.

—Está bien por mí...

—Gracias, Alex.

Dicho eso, se giró y encaminó hacia el ascensor, perdiéndose en la esquina del pasillo.

Capítulo 4

EVELYN

Desperté pasadas las doce del mediodía del sábado, sintiendo que la cabeza iba a estallarme. No estaba segura de si era por la resaca o por la fermentación de la comida chatarra que había mezclado con la cerveza; fuera lo que fuese, me sentía fatal.

Estuve el resto del día en cama y, aunque necesitaba cargar mi celular con urgencia, no quería salir de mi departamento y presentarme en estas condiciones ante Alex; así que pensé que lo mejor sería ir el domingo a la mañana y, por qué no, llevar algo para desayunar.

Cuando me levanté al día siguiente, ya me sentía mucho mejor. Y aún más...estaba con un humor extrañamente avivado.

Me duché, me vestí con unos jeans y una blusa y salí a la calle para comprar algo para el desayuno. Terminé escogiendo dos pasteles de manzana y canela que se veían dulces y esponjosos, y dos capuccinos con crema. Regresé al edificio y fui directo al piso cinco, donde toqué timbre, rogando que Alex ya estuviera despierto.

Abrió algunos minutos después; tenía el cabello despeinado y no llevaba camisa. Necesité varios segundos para despegar mi vista de su torso desnudo.

—Evelyn —saludó él, con aire somnoliento.

—Lo siento ¿te desperté? —. Sacudió su cabeza en negativa.

—No, ya estaba despierto. Sólo que no podía levantarme de la cama

—comenta, haciéndose a un lado para dejarme pasar. Lo miré una vez más y, por la cercanía al cruzarnos en la entrada, pude notar su barba incipiente.

—Mmmm... espero que tengas hambre, porque compré desayuno para dos —digo, levantando los cafés para enseñárselos. Dejé todo sobre la barra de la cocina y luego saqué mi móvil. —¿Me dejas enchufarlo?...un día más y ya no te molestaré —prometí, un tanto apenada. Él rió.

—Te cobraré la electricidad si eso te hace feliz. Aunque lo más probable es que te olvides de pagarme... —despegué los labios para replicar pero al final me lo guardé, él tenía razón.

—Que cruel eres... —me quejo, mirándolo con los ojos entrecerrados pero sin poder disimular una sonrisa.

Desayunamos juntos y retomamos una charla que había quedado pendiente aquella noche en la que me desmayé sobre su sofá. Hablamos de música, de películas, de libros, incluso de comida. Parecíamos dos viejos amigos poniéndose al tanto de todo lo que había sucedido en los últimos años.

—Por cierto ¿cuántos años tienes? —me preguntó.

—Veintitres, ¿y tú?

—Treinta.

—Pareces más viejo —solté en broma. Él arrugó la nariz.

—Digamos que tengo más experiencia —. Y de nuevo esa mirada, la que

parecía ocultar todo lo que se escondía detrás de aquellos ojos que, por un momento, me hipnotizaron.

Despegué los labios pero ya no supe qué decir; me había perdido en la intensidad de su mirada, y él parecía no querer cortar ese contacto.

Sin detenerme a pensar demasiado en mis acciones, me incliné apenas sobre la mesa y me acerqué lentamente a él, quien se tensó por completo aunque no se alejó de mí. Me acerqué tanto que podía percibir la calidez de su rostro y el aroma a canela emanando de sus labios, casi en contacto con los míos. Entonces, cuando estaba a punto de besarlo, mi celular empezó a sonar y a vibrar por una llamada entrante.

Maldije por lo bajo y me alejé de un salto, como si estuviera a punto de quemarme con la estufa; busqué el celular al lado del enchufe y atendí con mala gana.

—Diga...

Capítulo 5

ALEX

Esto está mal...

No puedo volver a permitir que se acerque a mí de esa forma. Si me involucro así con ella, acabaremos los dos lastimados. No sé qué es peor...que ella se niegue a recibir sus alas por mi culpa o que yo me aferre a alguien que está a punto de esfumarse para siempre.

La observé hablar por celular con quien creo que era su madre, recibiendo de vez en cuando una sonrisa fugaz de su parte, aunque no se la devolví. Odiaba ser frío ahora, pero no me quedaba más alternativa.

Cuando al fin cortó la llamada, desenchufó el cargador y se guardó el celular en el bolsillo del pantalón. Se acercó a mí, viéndose muy avergonzada.

—Era mi madre, estaba preocupada porque no llamé desde que regresé a casa —me limité a asentir, como si le diera la razón a su madre, y creo que ella lo tomó como el fin de la visita, porque luego caminó hacia la puerta y la abrió sin decir nada. Yo no la seguí. —Gracias por dejarme cargar el teléfono —musitó sin mirarme; luego salió y cerró la puerta detrás de ella. No sé por qué presentí que no volvería a verla por aquí.

El resto de los días me limité a seguirla en silencio, camuflado cual sombra anclada a su dueño. No sabía cuánto tiempo más iba a tener que hacerlo, quizás unas horas, quizás varios meses. Lo único que era certero era su final, un final que tuve que aceptar de la misma forma que acepté mi enfermedad, por más que me doliera.

Ésto era masoquismo puro...tener que seguirla por todos lados y no poder advertirle lo que sucedería; peor aún, tener que presenciar su muerte.

De todas formas, aunque le advirtiera, el destino es capcioso y no había forma de sortearlo.

Capítulo 6

EVELYN

Habían pasado varios días desde aquel avance, días en los que no había podido dejar de pensar en Alex y en si debí o no precipitarme con él. También me pregunté mil veces qué habría pasado si mi madre no nos hubiera interrumpido; ¿estaría él igual de distante? ¿está enojado conmigo? ¿por qué no ha siquiera venido a visitarme?

La luz ya había vuelto; ahora podía gozar de mi propia agua fría, mi aire acondicionado y mis series de televisión; y ya no tenía excusas para golpear a su puerta. Pero...¿las necesitaba?

Volver al trabajo, al menos, tenía lo suyo. Había tanto por hacer que no me daba tanto tiempo para sentir lástima de mí misma. ¿Qué sería de Alex? ¿Dónde trabajaba?

—¿Evelyn? —levanté la cabeza rápidamente al escuchar la voz de mi supervisora.

—¿Si? —contesté, dejando salir un suspiro y acomodándome las mangas de la blusa.

—¿Ya están hechos los pedidos para mañana?

—¿Eh? —ella suspiró y puso los ojos en blanco, haciendo que reaccione.

—Oh, emm...no, pero ya mismo los hago.

—Parece que aún no has regresado de tus vacaciones, es hora de que vuelvas a poner los pies en la tierra —me reprendió. Yo asentí y bajé la mirada. Sólo supe que se había ido cuando sus tacones resonaron en el piso del pasillo.

¿Qué me pasaba? Estaba desanimada y aletargada, algo que no me sucedía hace tiempo.

Sentí que aún quedaban capítulos por cerrar y que no me sentiría mejor hasta ponerle el punto final a todo este asunto. Así que ésta noche volveré al departamento de Alex y le diré que lamento lo sucedido, aunque en verdad no había nada que lamentar.

Las últimas horas en la oficina se me hicieron eternas. Logré terminar a tiempo con todos los pedidos (algo que aumentó algunos grados mi orgullo, en especial al ver la expresión de la supervisora); luego fui directo a casa a darme una ducha, meditando una y otra vez lo que le diría a Alex.

“Lamento haber intentado besarte” pensé, soltando un bufido al percatarme de lo tonto que eso sonaba. ¿Desde cuándo un hombre no quería besar a una mujer? No es por alardear pero...tampoco soy tan fea. Quizás él es el del problema...a lo mejor tiene novia (aunque nunca me dijo nada y no vi fotos de ninguna chica en su departamento); a lo mejor no le gustan las mujeres...lo cual me dejaría un poco menos resentida. Como sea, le soltaría en cara todo al mero estilo Evelyn: sin pudor alguno.

A eso de las siete subí a su departamento y golpeé la puerta. Pasó un tiempo largo, tanto que pensé que él no estaba en casa. Pero, antes de

que tuviera que volver a golpear, él apareció en el umbral.

—Oye, siento lo del otro día. No sé qué estaba pensando, es que me caes bien y yo...

Pero antes de que termine mis toneladas de excusas, sus manos se habían enredado en mi cabello; me jaló suavemente hacia él y pegó sus labios a los míos, enmudeciendo cualquier otra palabra carente de sentido.

Algo en mi interior se revolucionó con fruición; era como si mi corazón de repente recordara que tiene que bombear sangre a mi cerebro y se acelerara para hacerme reaccionar.

Despegué los labios y envolví los suyos con delicadeza, respondiendo al beso y rodeando su cuello con mis manos. Las suyas soltaron mi cabello y se deslizaron por mis hombros, hasta recargarse sobre mi cintura, estrechándome contra su cuerpo.

Cuando nos faltó el aire para continuar, y mi boca se llenó de preguntas y dudas que ansiaba soltar, él se separó, aunque aún me mantenía cautiva de sus brazos.

—Quédate conmigo —susurró, yo me derretí por dentro.

—Si —respondí antes de volver a besarlo.

Capítulo 7

ALEX

Habíamos pasado el resto de la tarde mirando películas en mi DVD. Ella se veía tan alegre, tan hermosa que me contagiaba su felicidad. O a lo mejor no me la contagiaba, eso suena feo...suena a enfermedad de transmisión sexual; más bien era yo quien también estaba feliz. Por un momento me hizo olvidar de la realidad y de mi deber como su guardián; aunque esa tranquilidad era efímera.

¿Cómo es que había decidido dejarme llevar por el impulso? Bueno, me negaba a despedirme de ella sin haber probado sus labios; pero más aún, me negaba a dejarla ir sin robarle una última sonrisa. Así que decidí intercambiar mi dolor por su felicidad y no me arrepentía de ello.

Demonios, se sentía tan bien dar todo de uno por alguien que en verdad te importa y ver cómo su sonrisa es capaz de colmar de calidez tu interior. La nobleza del acto es suficiente recompensa para mí.

—¿En qué piensas? —susurró ella, entrelazando sus dedos con los míos. En la tele, un grupo de personas se daban batalla ficticia entre ellos, mediante golpes de espada y escudo.

—Pienso que agradezco a la compañía de electricidad por dejarte a oscuras unos días —bromeé y besé sus cabellos. Ella rió armoniosa y se acomodó contra mi pecho.

—Yo también les agradezco —respondió, cerrando sus ojos y dejando salir un suspiro.

—¿Tienes sueño? ¿Quieres ir a dormir?

—Sólo si tú vienes conmigo.

Elevé una mano y corrí algunos mechones de cabello de su rostro.

—Está bien...

La ayudé a incorporarse y luego la tomé en brazos, cargándola así hasta mi cama.

Capítulo 8

EVELYN

No recordaba la última vez que había dormido tanto y tan bien. Quizás era el cansancio acumulado por tantos días de insomnio a causa del calor o el estrés cotidiano que acarrear todas las obligaciones. La única real diferencia que encuentro es que, mientras Alex velaba mis sueños, yo encontré una paz infinita que me envolvió y acogió con cariño.

Cuando desperté, con los primeros rayos del sol colándose por la ventana, todo a mi alrededor pareció adquirir una energía positiva y excitante; hasta el ondeo de las cortinas me parecía algo maravilloso y sublime. ¿Pueden creerlo? Ese era el primer punto crítico en la vida de toda persona: cuando alguien te gusta tanto que convierte la porquería en algo hermoso.

Me acomodé en la cama y miré a Alex, quien aún dormitaba completamente sereno y con la boca entreabierta. Así permanecí varios minutos, contemplando a aquel hombre tan atractivo, capaz de maravillarme con los más simples de los gestos e intenté grabarme su imagen en la cabeza.

Cuando me había despedido por completo, me deslicé de la cama y caminé hacia el baño con la intención de ducharme. Mis pasos resonaron en el piso de madera y eso advirtió a Alex, haciendo que se despierte de un salto.

—Lo siento —susurré, cubriéndome el rostro con ambas manos y apretando los dientes. Él bostezó y se talló los ojos antes de regalarme una de esas sonrisas capaces de derretir un iceberg.

—Descuida —murmuró con la voz ronca. Me miró por un segundo y alzó una ceja, curioso.

—Pensaba darme un baño ¿te molesta? —inquirí, totalmente sonrojada. Él rió y negó con la cabeza.

—Podría acompañarte... —mi corazón se detuvo súbitamente y, de un segundo a otro volvió a latir con frenesí. Mi rostro enrojeció aún más, pude notar lo acalorada que estaba.

La noche anterior habíamos dormido juntos, si, pero no habíamos alcanzado ningún tipo de intimidad que requiriera quitarse la ropa, así que la simple idea de ducharme con él me ponía nerviosa. —O podría preparar el desayuno mientras tú te das un baño —zanjó, estirando sus brazos musculosos. Yo suspiré con alivio.

—Claro, no tardaré mucho —sonreí y me interné en el baño. Lo vi curvar sus labios antes de cerrar la puerta.

Allí dentro me sentí como en mi propio departamento; se ve que todos los baños en el edificio tenían las mismas cerámicas en el piso y los mismos artilugios. La única diferencia que encontraba con el mío, era que no había cortina en la bañera y la alfombra era de un color negro algo desgastado (además de las cosas obvias, como que él guardaba espuma de afeitar y loción en su botiquín en vez de maquillaje y cremas).

Abrí los grifos de la bañera y, mientras ésta se llenaba, me quité la ropa arrugada por dormir con ella. La doblé cuidadosamente y la dejé sobre la tapa cerrada del inodoro; luego me miré en espejo y me sentí tan avergonzada que casi chilló. Tenía el pelo totalmente revuelto y unas ojeras increíbles; el poco maquillaje que me había puesto estaba corrido hacia los costados de mis ojos. En resumen, parecía la prima no reconocida de un mapache. Pero, bueno, una no siempre puede estar impecable, así que debía aceptarlo.

Cuando la bañera se hubo llenado, sumergí los dedos en el agua y encontré que la temperatura era la ideal para mí. Entré una pierna y luego la otra. Pero, mientras me giraba para acomodarme, resbalé con el piso y caí con fuerza, golpeándome la cabeza con el grifo metálico.

Lo primero que sentí fue aturdimiento, la cabeza me retumbaba como si acabaran de apretar mi cerebro con dos platillos de percusión; luego el dolor encima de mi nuca me cegó por completo. Intenté llamar a Alex, pero ni un sonido salía de mis labios. Todo a mi alrededor se volvió borroso, mis manos resbalaban en los bordes de la tina, dificultando mi agarre para salir de ella; el agua, hasta entonces cristalina, empezó a teñirse de escarlata y luego las tinieblas se fueron apoderando de mi vista hasta oscurecerla por completo. Cerré los ojos en un vago intento por recuperar el aliento; sin embargo, y a pesar de toda mi fuerza de voluntad para mantener la calma, la inconsciencia se apoderó de mí y me arrastró hacia las profundidades del abismo, mientras mi cuerpo se hundía en el agua tintada de rojo.

Capítulo 9

ALEX

El café no tardó demasiado en hacerse, esa era la ventaja de contar con uno de estos aparatos modernos, presionas un botón y listo. No tenía demasiadas opciones para comer en el desayuno; ocasionalmente había algunas frutas y pan para tostar, así que eso fue lo que preparé y dispuse sobre la mesa de la cocina.

A los quince minutos ya estaba todo listo; me sequé las manos en el repasador y me aproximé a la puerta del baño.

—Evelyn, ya está el desayuno —dije en voz alta para que pudiera escucharme. Pero su silencio me tomó por sorpresa. —¿Evelyn? —golpeé la puerta de madera...no hubo respuesta. Fue entonces que mi corazón dio un vuelco y me cargué con el lóbrego sentimiento de que algo malo había pasado.

Sin importarme la privacidad de ella, tiré de la puerta como si fuera a arrancarla de sus bisagras y me encontré con la escena culminante de mis temores: Evelyn yacía en el fondo de la bañera, con los ojos abiertos de par en par y el agua, roja por la sangre, cubriéndola por completo.

—iiiNo!!!

La desesperación se apoderó de mí y me hizo lanzarme sobre ella, recogerla de la tina y sacarla a rastras para ver si respiraba, pero no había aire saliendo de sus labios. La tumbé sobre el piso del baño e intenté reanimarla, soplando en su boca y presionando su pecho para obligar a su corazón a bombear sangre. Pero era demasiado tarde...los sabios me lo habían advertido, y yo, por más que intenté no pensar demasiado en ello, me había cargado de un optimismo falaz que no me permitía aceptar la realidad.

La recogí del suelo frío y la estreché contra mí, como si de esa forma pudiera regresarla a la vida, mientras las lágrimas de desconsuelo poblaban mis ojos. Entonces elevé la mirada y maldije a los sabios, a los ángeles y al amor.

—iNo pueden quitármela! —grité una y otra vez, hasta que la voz se me quebró por completo.

"*Cotrólate, Alex...*" dijo la voz de un sabio en mi cabeza, aunque ya no sabía si se trataba de ellos o era mi propia locura invadiendo mi espacio personal.

"*Era su destino*" dijo otra voz.

"*Déjala ir y cumple con tu trabajo*" volvió a decir la primera, yo temblé y abracé aún más fuerte el cuerpo frágil de Evelyn, pensando en la crueldad de sus palabras.

"*Si en verdad la quieres, guíala hacia nosotros*".

Yo me lo busqué...nunca debí involucrarme con ella, en especial sabiendo que no duraría mucho. Ahora era tarde, había dejado desprotegido mi corazón y lo habían clavado con un puñal justo en el centro. La vida es injusta, si...pero más injusta es la muerte.

La policía y los paramédicos llegaron a los quince minutos de mi llamado. Los guíé hacia el baño y les expliqué lo que había sucedido, ganándome sus miradas de desconfianza. El café y las tostadas, intactos, ya se habían enfriado; la ropa de Evelyn seguía pulcramente doblada sobre la tapa del inodoro y los forenses ya se encontraban tomando muestras de cada recodo del baño y la alcoba.

□—Tendremos que llevarlo a declarar a la comisaría, señor —me dijo una mujer policía, cuya expresión acusadora me llenó de culpa. Yo asentí estoico, sin negarme a acompañarlos aunque tuviera que pasar la noche en una celda de prisión preventiva.

No estoy seguro de cómo esperaba encontrarme con Evelyn para guiar su espíritu; o cómo era que tenía que cumplir con mi verdadero trabajo. Tenía la ilusión de que ella se materializara frente a mí y poder abrazarla fuerte...pero las cosas no funcionan así.

La encontré, sin embargo, en mis sueños aquella noche. No podía decir con certeza que no se tratara de mi propio delirio, simplemente intuí que era el momento de explicárselo todo: quién era yo, de dónde venía y hacia dónde ella debía ir; le hablé de los ángeles y de los sabios, de las ventajas y desventajas de esa nueva vida.

"Entonces eres un ángel caído" dijo ella, mirándome con tristeza. Yo asentí.

"Perdí mi lugar en el cielo por un capricho, nunca me imaginé que aquí sufriría aún más" le contesté, evitando su mirada.

"¿No puedes venir conmigo?" susurró.

"No, una vez que te destierran ya no hay vuelta atrás".

"Entonces te cuidaré siempre desde aquí..."

Desperté antes de poder despedirme de ella. Me cubrí el rostro con los brazos y ahogué los insultos.

—Buen trabajo, Alex... —la voz grave salía de una esquina de la celda. Me incorporé rápidamente y miré al sabio que se había materializado frente a mí. No contesté, si abría la boca nada bueno saldría de ella. —Evelyn ya está con nosotros.

—Que bueno —musité con sarcasmo.

—Compórtate, no he venido a absorber tu ira ni a mofarme de ti —dijo él, completamente serio. Yo suspiré resignado y bajé la mirada.

—Me siento culpable de su muerte —admití, cerrando por un momento los ojos.

—No lo eres, ella iba a morir de todas formas.

—...

—Si pudieras pedir una cosa, una sola cosa en la vida... ¿Qué sería?

—preguntó el sabio, tras mi mutismo.

No tuve que pensar demasiado en la respuesta, pues estaba allí, había estado allí desde que la conocí a ella, con su cabello revuelto y sus pantuflas de peluche.

—Quiero recuperar mis alas para poder estar con Evelyn —murmuré con nostalgia.

—Y si te regresáramos tus alas ¿volverías a pedir el exilio?

—No —salté, completamente convencido. Luego la realidad me golpeó con fuerza en el rostro. —Pero las reglas dicen que un ángel exiliado no puede recuperar sus dotes.

—Exacto... —el sabio se puso de pie y caminó hacia las cercas, mirando el pasillo que había del otro lado. Yo lo seguí con la mirada, intentando, sin éxito, descifrar sus palabras. —Las reglas también dicen que no se puede revivir a los muertos —. Genial, solo eso me faltaba, que me refriegue en la cara que no podrían revivir a Evelyn porque atentaría contra el equilibrio de la naturaleza. Puse los ojos en blanco y resoplé, él se volteó hacia mí y sonrió. —Estás pasando algo por alto... —dijo, mirándome fijamente.

Confundido con sus palabras, intenté armar el terrible rompecabezas que era mi mente, uniendo piezas hasta dar con la verdad.

—No se puede revivir a los muertos —repetí, estirando mis brazos y observando mis manos como si temiera desaparecer de un momento a otro. Atónito, lo miré en busca de explicaciones.

—No eres humano, Alex. Tampoco eres un ángel caído...los ángeles caídos no regresan a la tierra y, créeme, no querrás saber a dónde van —.

Tragué en seco al escuchar el tono lúgubre que su voz había adoptado al hablar de aquel lugar, como si con tan sólo nombrarlo, fuera capaz de condenarte a la peor de las desgracias.

Tras una pausa breve, durante la cual intenté asimilar todo lo que me decía, él continuó.

—¿Crees que le daríamos el exilio a uno de los nuestros sólo porque él lo pide? —su expresión se ensombreció al verme. Era como si me estuviera reprendiendo por actuar de forma tan irreflexiva—. Perder a un ángel por situaciones tan banales no es algo que estemos dispuestos a permitir... Despegué los labios, más no supe qué contestar. Él tenía razón y me hizo sentir no sólo culpable, sino un imbécil (con todas las letras). Sin embargo, seguía sin entender cómo era posible que todo se haya dado según sus expectativas.

—Entonces ¿cómo...? —ni siquiera sabía cómo terminar la pregunta. ¿Que soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cómo es que los demás pueden verme?

El sabio pareció entender la batalla que se daba en mi mente y no escatimó al momento de resolver todas mis dudas.

—Todos los ángeles merecen una segunda oportunidad, siempre que se demuestre que vale la pena. Se establece un tiempo límite durante el cual debe cumplir un desafío que lo pondrá a prueba; se le permite descender a la tierra y hacerse pasar por un humano, aunque debe sacrificar sus alas para poder hacerlo. Si no pasa la prueba antes de que se le acabe el tiempo, será desterrado para siempre.

> Al renunciar a tu egoísmo para darle a esa chica sus últimos momentos de felicidad, pasaste la prueba que se te ha impuesto y, sobre todo, obedeciste a nuestras órdenes a pesar de que suponía un inmenso dolor para ti. Pero, no te confundas, Evelyn fue escogida al azar de entre una larga lista de hombres, mujeres y niños cuyo final ya estaba escrito□; además, no todos los ángeles superan los obstáculos...y ya hemos perdido a muchos de los nuestros por causas similares.— Contemplé al sabio en

un completo estado de asombro y a la vez vergüenza, de esa que te agarra cuando entiendes que has hecho todas las cosas mal. Comprendí, entonces, que la prueba siempre había estado allí y que su flexibilidad a la hora de cumplir mi deseo de exiliarme no era más que un engaño.

—Lamento todas las molestias que les causé —murmuré. El sabio negó con la cabeza.

—No eres el único ángel que ha dudado de su deber, Alex. Pero debo advertirte, que así como las reglas establecen que no se puede revivir a las personas que la muerte ha sentenciado, no existen segundas oportunidades. Y ésto, de la misma forma, no te hace impune si el día de mañana se te condena con el verdadero exilio.

—Entiendo.

—Entonces creo que ya no hay nada más por decir...

—¿Eso significa que...recuperaré mis alas? —. La ilusión se abrió paso dentro de tanta nostalgia, encendiendo una llama de esperanza que me colmó de tranquilidad y alegría. El sabio asintió y me dedicó una sonrisa ladina.

—Te dije que Evelyn nos ayudaría a recuperar ángeles que han perdido su rumbo —dicho eso, se desvaneció frente a mí, como si nunca hubiera existido.

Capítulo 10

EVELYN

Así están las cosas ahora: estoy muerta.

Desde que llegué a este lugar, no he hecho más que repetirme una y otra vez las palabras. Tenía que digerirlo, de alguna forma, así como digerir cuál era el papel de Alex en todo esto.

El recibimiento fue alegre y cálido, demasiado extraño para que pudiera ponerle buena cara al asunto, en especial sabiendo lo que había abandonado en la tierra. Me reconfortaba el hecho de saber que había algo más allá del fallecimiento físico, aunque todavía no me acostumbraba a verme como un ser angelical, vistiendo estas prendas blancas y pulcras que jamás habría escogido para mi guardarropas como humana. Sólo me faltaba algo para poder sentirme a gusto aquí, y ese algo era Alex.

—¡Regresó! —escuché una voz femenina gritar con júbilo afuera. Suspiré y recogí las piernas en el sillón para poder abrazarlas. Las voces y los murmullos de sorpresa poblaron todo el lugar, dándome curiosidad por ver a qué venía tanto meollo.

—¡Es Alex!

—Creí que estaba muerto...

□—Muerto, exiliado.

Reaccioné, tan bruscamente que al ponerme de pie me di el dedo chiquito con la base del sillón. Apreté los ojos con fuerza y salí corriendo a tropezones para encontrarme con algo difícil de creer: Alex corría hacia aquí, con su sonrisa de par en par y su cabello ondeando por el viento. Cuando estuvo a varios metros de distancia, desplegó dos flamantes alas blancas y se alzó en vuelo, los ángeles a mi alrededor se hicieron hacia atrás para dejarlo aterrizar frente a mí, y él me abrazó con tanta fuerza que casi me deja sin respiración.

—Creí que no volvería a... —susurré, con la voz entrecortada por el nudo en mi garganta.

—Estoy aquí —me interrumpió él.

—Estás aquí —repetí, como si intentara convencerme a mí misma de ello. Me separé para mirarlo a los ojos y sonreí llena de dicha.

Él posó sus manos sobre mis mejillas y se inclinó para besar mis labios; yo respondí con anhelo y desesperación, como si fuera el oxígeno que mis pulmones necesitaban.

Ambos volvimos a la vida en ese instante.